
A LA VUELTA DE LA ESQUINA

FRANÇOIS FURET



Hace dos años, en un medio día soleado, acompañé a François Furet a lo que él llamó "una visita a la Sagrada Familia": las casas de León Trotsky y Frida Kalho en Coyoacán. "Fíjese —ironizó— que la concurrencia es casi toda francesa. ¡Cómo nos gusta abrazarnos a los mitos revolucionarios! Lo llevamos en la sangre desde 1789". Este asunto, el del mito revolucionario en la tradición de Occidente, fue su gran pasión. (Por cierto, en ese mismo paseo, en un restaurante de los alrededores, me dijo que su próximo proyecto era una reflexión acerca de los desafíos a los que se enfrentaba el socialismo. Su situación, luego del derrumbe de la Unión Soviética, le parecía desconcertada y deprimente. ¿Habrá avanzado en ese trabajo hasta que la muerte lo golpeó fulminante, una quincena de días atrás, en el sur de su país?) En efecto, desde *La Révolution française*, de 1965, pasando por *Penser la Révolution française* (1978), *Marx et la Révolution française* (1986; traducción española del Fondo de Cultura Económica) y el *Dictionnaire de la Révolution française* (1978, en colaboración con Mona Ozouf), hasta *La passé d'une illusion* (1995; traducción española del Fondo de Cultura Económica: *El pasado de*

una ilusión), su obra se articuló, obsesivamente, en torno al fenómeno revolucionario. Así, a lo largo de sus títulos, se preocupó por analizar sus irradiaciones en el doble campo de las ideas y las costumbres en los dos últimos siglos y por rastrear su contaminación del pensamiento y la acción políticos a partir de Octubre del 17, cuando el comunismo usurpa y encarna el ideal revolucionario moderno. En este sentido, *El pasado de una ilusión* es la coronación de un enérgico proceso de investigación intelectual. El libro, más que un ensayo, es una historia de las ideas que dominaron en nuestra centuria: Furet, situado a caballo entre la crónica histórica y el debate teórico, procede al levantamiento minucioso y metódico de la arqueología ideológica e intelectual del siglo XX. La clave de estudio, la que ilumina al conjunto y le presta transparencia, es ésta: se trata de descubrir cómo y porqué la experiencia soviética tuvo como uno de sus rasgos distintivos a una *ilusión* fundamental, inseparable de su decurso, y cuya evolución pareció validar su contenido durante largo tiempo, antes de disolverlo —literalmente— en la nada. Escribe Furet: "No quiero decir simplemente que sus actores o sus partidarios no supieran la historia que hacían, o que hayan alcanzado objetivos distintos de los que se habían fijado, como es el caso general. Antes bien, entiendo que el comunismo tubo la ambición de adecuarse al desarrollo

necesario de la Razón histórica, y que la instauración de la "dictadura del proletariado" revistió por ello un carácter científico: ilusión de otra naturaleza de la que pueden hacer de un cálculo de fines y medios, y hasta de una simple fe en la justicia de una causa, ya que ofrece al hombre perdido en la historia, además del sentido de su vida, los beneficios de la certidumbre. No fue algo parecido a un error de juicio, que con la ayuda de la experiencia se puede reparar, medir y corregir; más bien, fue una entrega psicológica comparable a la de una fe religiosa, aunque su objeto fuese histórico". Aquí, en estas pocas palabras, se encuentra el germen, y también el meollo, de *El pasado de una ilusión*. No es, propiamente hablando, la historia del comunismo y menos aún la de la Unión Soviética sino la de la ilusión del comunismo durante todo el tiempo que la URSS le dio consistencia y vida. Por extensión, es el recuento de las perversiones que se cometieron por y gracias a esa ilusión y a la relación imaginaria que los hombres mantuvieron, a través de ellas, con la idea comunista. Por ello, y por su inteligencia, sabiduría y claridad, el libro es indispensable para entender el sonido y la furia de este siglo que se nos va. Hay que agradecerle a Furet, en el momento tan triste de su desaparición, el que nos lo haya regalado justo en la circunstancia oportuna. ◀

DANUBIO TORRES FIERRO

EL AMIGO DE LAS ABEJAS



Para Saúl Yurkievich que se encontró con Mastroianni cuando éste se marchaba

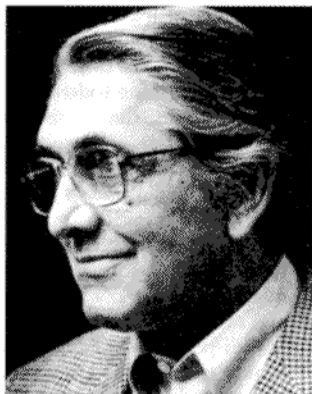
Conocí a un payaso. Se llamaba Marcelo. Con su cara de muchacho triste, y sus ojos atentos de niño que acababa de descubrir a los elefantes, amaba a las mujeres, se dejaba llevar hacia los años —lo demás: bagatelas— suave y elegante. Sabía paladear los fuegos fatuos, llevar de día de campo a los muertos. Tan buen actor, aquel Pierrot, que pasaba por mediocre (lo sentíamos como de la familia). Nos gustaba verlo regresar a sus papeles, como quien vuelve a casa: cada máscara

una Ítaca. Se dejaba recordar por los personajes a que se prestaba y los miraba crecer como llamas —desinteresado impostor— desde el fondo de sí mismo, hechizado por los castillos de fuego que alzaba tanto disfraz al incendiarse. Una musiquita en su sonrisa, traveso adagio, aires nostálgicos tocaban su cara de Pierrot que se lavó la cara, de buen muchacho triste. Decía apenado a los gladiadores: "No, gracias; el circo, los combates, me da frío la sombra de las espadas, las hazañas me producen malestar, y luego tanto sol es un poco aburrido." Era de los que preferían quedarse contemplando el cuello cándido, expuesto a la luz, de un ánfora, mientras los demás hacían fila en la Inquisición para ver de cerca los rostros castigados. Como un niño que juega sólo andar la senda que trazan los mosaicos marcados, así nuestro Pierrot —¡era tan buen fisionomista!— andaba por la vida sólo dando pasos por líneas de sombra,

por las comisuras de la luz. Un ritmo inimitable, bailando como un alfíl a ritmo de minué el desconcierto de la tragedia, majestuoso en las pequeñas fiestas privadas, sonatina en la catástrofe. ¿Su oficio? Versátil, y lo conocía bien; aunque llegara a casa exhausto no se le notaba lo desmayado todavía de buen humor; improvisaba parlamentos el personaje en turno —cada máscara una Ítaca, cada día un carácter—, exhortaba fantasmas que empezaban a reír en coro; cortejaba al fuego latente de las hadas y contagiaba a las dos ciudades aquella risa levemente musical del que sabe domar profecías, conversar con los niños, pasear a los difuntos, navegar por el río de la paz. Marcelo hablaba con boca italiana la lengua humana.

En memoria de Marcelo Mastroianni (1924-1996) ◀

ADOLFO CASTAÑÓN



ALEJANDRO ROSSI

La fábula de las regiones

"Una maestría realmente insuperable."
Álvaro Mutis



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas